

hablar: las emociones profundas causan semejantes efectos. Les señaló con el dedo la mujer tendida á sus piés.

—Es que vive todavía? preguntó uno de los aldeanos.

Tellmarch hizo con la cabeza señal afirmativa.

—Y la otra vive tambien? preguntó el otro aldeano.

Tellmarch hizo seña de que no.

El primer aldeano repuso:

—Todos los demás son cadáveres. Lo he presenciado todo desde una cueva, y dí gracias á Dios en aquellos momentos de no haber tenido familia. He visto arder mi casa... todo lo han destruido. Esta mujer tenia tres hijos, los tres pequeños. Los niños gritaban: ¡Madre! La madre gritaba: ¡Hijos míos! Mataron á la madre y se llevaron á sus hijos. ¡Lo he presenciado todo!... ¡Luego se marcharon esos asesinos y se marcharon contentos, llevándose á los hijos despues de matar á la madre!... Pero no ha muerto, no es verdad? Dime, Caimand, ¿crees que podrás salvarla? ¿Quieres que te ayudemos á llevarla á tu covacha?

Tellmarch hizo signo afirmativo.

El bosque estaba contiguo á la alque-

ría: hicieron unas parihuelas con follaje y helechos, colocaron sobre ellas á la mujer, que permaneció inmóvil, y se pusieron en marcha, un aldeano á la cabeza de ella y otro á los piés; Tellmarch sostenia el brazo de la moribunda y la examinaba el pulso.

Por el camino los dos aldeanos hablaban y por encima de la mujer ensangrentada, cuya faz pálida iluminaba la luna, cambiaron las siguientes exclamaciones:

—Han matado á todo el mundo!

—Lo han incendiado todo!

—Que nos vá á suceder?

—La culpa la tiene aquel hombre alto y viejo que lo mandó.

—Sí, es él el general.

—No estaba presente cuando el fusilamiento.

—No, pero se fusiló por órden suya. Les dijo: "Matad, quemad; no haya cuartel para nadie."

—Pues es un marqués,

—Cómo se llama?

—El marqués de Lantenac.

Tellmarch levantó los ojos al cielo y murmuró entre dientes:

—Si yo lo hubiera sabido!

SEGUNDA PARTE

EN PARIS

LIBRO PRIMERO

Cimourdain.

I.

Las calles de Paris en aquel tiempo.

Se vivía entonces en público, se comía en mesas puestas delante de las puertas; las mujeres hilaban, cantando La Marsellesa, en los pórticos de las iglesias; el parque Monceaux y el del Luxemburgo eran campos de maniobras; habia en todas las encrucijadas talleres de armeros trabajando; se forjaban fusiles á la vista de los transeuntes, que aplaudían, y los vecinos de Paris repetían estas frases: *Hay que tener paciencia, estamos en revolucion, y sonreían heroicamente.* Iban al espectáculo como en Atenas durante la guerra del Peloponeso; los carteles de las esquinas de las calles anunciaban las obras siguientes: *El sitio de Thionville.—La madre de familia salvada del incendio.—El club de los Indolentes.—La mayor de las papisas, Juana.—Los filósofos soldados.—El arte de amar en la aldea, etc.*

Los alemanes estaban á las puertas de Paris; corría el rumor de que el rey de Prusia habia mandado tomar un palco en el teatro de la Opera. Todo era espantoso y nadie se espantaba. La tenebrosa

ley de sospechosos, que fué el crimen de Merlin de Donay, hacia visible la guillotina, suspendida sobre todas las cabezas. El procurador Serán, que estaba denunciado, esperaba que fuesen á prenderle de bata y zapatillas y tocando la flauta. Les parecia á todos que les faltaba el tiempo y todos se apresuraban. No habia sombrero sin escarapela. Las mujeres decían: *Estamos hermosas con el gorro colorado.* Parecia que todo Paris cambiaba de habitacion. Los prenderos tenían sus tiendas atestadas de coronas, de mitras, de cetros de madera dorada, de flores de lis, restos de objetos de las casas reales. Era la demolición de la monarquía que pasaba. Veíanse en las tiendas de trapos y de hierro viejo capas pluviales y roquetes que se vendían por cualquier casa. En las tabernas de los Porcherons y de Ramponneau, hombres vestidos con sobrepellices y con estolas y montados en burros encapazonados con casullas, bebían vino de la taberna en los cálices de las catedrales. En la calle de Santiago los empedradores, descalzos, detenían el carreton de un vendedor ambulante de calzado, compraban á escote quince pares de zapatos y los enviaban á la Convención para que sirviesen á los soldados. Abundaban los bustos de Franklin, de Rousseau, de Bruto y de Marat. En la calle de Cloche-Perce, bajo de uno de estos bustos de Marat, habia en un cuadro de madera negra cubierto con cristal una requisitoria contra Malonet con sus hechos comprobados, y estas dos líneas al margen: "Me dió estos detalles la querida de Sil-

vano Bailly, buena patriota, que me favorece con sus bondades.—MARAT., En el Palais-Royal ocultaban la inscripción de la fuente: *Quantos effundit in usus*, dos grandes lienzos pintados al temple, que uno de ellos representaba á Cahier de Gerville denunciando á la Asamblea nacional la consigna para reunirse los *harpistas* de Arlés, y el otro lienzo representaba á Luis XVI volviendo de Varennes en su carroza real y debajo de ella una tabla atada con cuerdas, que tenia en cada extremo un granadero con fusil y bayoneta armada. Pocas tiendas grandes estaban abiertas, comercios ambulantes de mercería, de comestibles y de quincalla se establecían sobre carretones que circulaban, arrastrados por mujeres, iluminados con velas de sebo, que se derretía y caía sobre las mercancías. Dirigían también tiendas al aire libre ex-monjas con peluca rubia; la zurcidora que recordaba medias en el hueco de una puerta era una condesa; habia costurera que era marquesa; madama de Bouffers habitaba una buhardilla, desde la que veía su antiguo palacio. Corrian los vendedores ofreciendo papelititos nuevos. Se llamaba *escrofulosos* á los que ocultaban la barba en la corbata. Pululaban los cantores ambulantes; la multitud silbaba á Pitou, el cancionero realista, que era un bravo, que fué encarcelado veintidos veces, y le llevaron ante el tribunal revolucionario por haberse dado golpes algo más bajo de la cintura al pronunciar la palabra *civismo*. Viendo su cabeza en peligro, exclamó:—*¡Pero si es lo contrario de la cabeza lo que en mí es culpable!*... Esto hizo reír á los jueces y le salvó. Pitou se burlaba de lo moda de los nombres griegos y latinos, y su cancion favorita versaba sobre un zapatero de viejo que llamaba *cujus* y á su mujer *cujus-dam*. Bailábase en los claustros arruinados, poniendo lamparillas sobre el altar y colgando de la bóveda dos palos en cruz con cuatro velas, mientras los muertos yacían en sus tumbas bajo los pies de los bailadores. Usaban casacas de color "azul de tirano", y alfileres de camisa con el "gorro de la libertad", de piedras blancas, azules y rojas. La calle de Richelieu se llamaba calle de la Ley; al arrabal de San Antonio le pusieron el arrabal de la Gloria; en la plaza de la Bastilla colocaron una estatua de la Naturaleza. Conocía todo el mundo á ciertos transeuntes llamados Chatelet, Didier, Nicolás y

Garnier-Delaunay, que vigilaban á la puerta del carpintero Duplay; Voullant no faltaba un día de guillotina, y seguía á las carretadas de sentenciados diciendo que iba á la misa roja, y Montefiabt, jurado revolucionario y marqués, se hacia llamar *Diez de Agosto*. Iban á ver desfilan los alumnos de la Escuela militar, calificados por los decretos de la Convencion de *aspirantes á la escuela de Marte* y por el pueblo de *pajes de Robespierre*. Lelanse las proclamas de Freron denunciando á los sospechosos del crimen de *negociantismo*. Los "muscadins", agolpados á las puertas de las mairías, se burlaban de los matrimonios civiles, y al pasar los esposos les saludaban llamándoles "casados *municipaliter*". En los Inválidos, las estatuas de los santos y de los reyes las cubrían con el gorro frigio. Jugábanse á las cartas en los guardacantones de las encrucijadas; los juegos y los naipes estaban también en revolución: los reyes fueron reemplazados por génius, las sotas por las libertades, los caballos por las igualdades y los ases por las leyes. Se trabajaban los jardines públicos, y el arado surcaba los de las Tullerías. Estos grandes trastornos, especialmente en los partidos caídos, producían altivo cansancio de vivir; hubo un hombre que escribió á Fouquier-Tinville: "Tened la bondad de librarme de la vida; á continuación os envío las señas de mi domicilio." Prendieron á Champenetz porque dijo en voz alta en las galerías del Palais-Royal: "¿Cuándo se mueve revolución en Turquía? Quisiera ver la República puesta en la Puerta." Se publicaban muchos periódicos; los oficiales de peluquero rizaban en público pelucas de mujeres, mientras que su maestro leía en alta voz el *Moniteur*; otros comentaban, formando grupos y gesticulando, el periódico *Entendámonos*, de Dubois-Crancé, ó la *Trompeta del tío Bellerose*. Algunos barberos eran choriceros al mismo tiempo, y se veían jamones y salchichones colgados al lado de una muñeca peinada con cabellos de oro. Otros mercaderes vendían en la vía pública "vinos de emigrados"; otros publicaban en sus anuncios "vinos de cincuenta y dos clases"; otros iban vendiendo relojes en forma de lira y sofás á la duquesa, y un peluquero escribía en la muestra de su tienda: "Afeitó al clero, peino á la nobleza y corto el cabello al estado llano." Iba el pueblo á que le echase las cartas Martin, que vivía en el núm. 173 de la calle de Anjou, antes de

la Delfina. Faltaba el pan, el carbon y el jabon, y pasaban á bandadas vacas de leche, que llegaban de los departamentos. En la Vallée se vendía el cordeiro á quince francos libra. Un decreto de la Municipalidad designaba á cada boca una libra de carne por cada década; se atropellaba la gente á la puerta de las tiendas de comestibles, y una de estas *colas* que hacia ha quedado legendaria; llegaba desde la puerta de un especiero de la calle de Petit-Carreau hasta la mitad de la calle de Montorgueil; entonces á formar cola se llamó "tener cuerda", por una cuerda larga, en la que se apoyaban uno detrás de otro los que formaban fila á la puerta de la tienda. Las mujeres, en medio de la miseria general, eran valientes y caritativas. Pasaban las noches esperando turno para entrar en las tahonas.

Los expedientes producían buenos resultados á la revolución, que salvaba aquella gran miseria con dos medios peligrosos: el *asignado* y el *máximun*, de los que el primero era la palabra y el segundo el punto de apoyo. Aquel empirismo salvó la Francia. El enemigo, así de Coblenza como de Lóndres, especulaba sobre los asignados. Muchachas del pueblo iban y venían ofreciendo agua de Lavanda, ligas y cadenillas y haciendo el ágio de asignados. Había agiotistas del pórtico de la calle de Vivienne con zapatos rotos, cabellos grasientos, gorro de piel de cola de zorra, y los habia en la calle de Valois, con botas de lustre y sombrero de castor, á los que tuteaban las muchachas. El pueblo los perseguía como á los ladrones, á los que los realistas llamaban "ciudadanos activos". Pero debemos decir, en honor de la verdad, que los robos entonces eran poco frecuentes, y que se ofrecía á la vista el espectáculo de desnudez salvaje unida á la probidad estóica. Los descalzos y los muertos de hambre pasaban con gravedad y mirando al suelo por los escaparates de la joyerías establecidas en el Palacio-Igualdad. En la visita domiciliaria que hizo la seccion Antoine en casa de Beaumarchais, una mujer cogió en el jardín una flor y el público la dió de bofetadas. El haz de leña costaba cuatrocientos francos en dinero; se veía en la calle gentes que aserraban las tablas de sus camas; en el invierno las fuentes estaban heladas y el agua costaba veinte sueldos cada carga; todo el mundo se hacia aguador. El Luis de oro valía tres mil novecientos francos; una

carrera en coche de alquiler costaba seiscientos francos; despues de un día de coche se oía este diálogo:—"¿Cochero, cuánto te debo?—Seis mil libras."—La vendedora de yerba vendía diariamente en valor de veinte mil francos. Un mendigo decía:—*Por caridad, socorredme; me faltan doscientas treinta libras para pagar los zapatos*. A la entrada de los puentes se veían colosos escupidos y pintados por David, y Mercier los insultaba diciendo que eran *enormes polichinelas de madera*. Esas estatuas colosales representaban el *Federalismo* y la *Coalicion* vendidos. El pueblo no desfallecía; al contrario, manifestaba el sombrío júbilo de haber acabado con los troncos. Los voluntarios afuían ofreciendo sus vidas, y cada calle proporcionaba un batallón. Las banderas de los distritos ostentaban cada una su divisa. La del distrito de los Capuchinos era: *Nadie nos hará la barba*. Otra tenia este lema: *No debe haber nobleza más que en el corazón*. En las paredes de las calles, grandes carteles blancos, verdes, amarillos y rojos, impresos ó manuscritos, decían: *¡Viva la República!* Los niños que apenas sabían hablar balbuceaban la canción *Ça ira*.

Posteriormente á la ciudad trágica sucedió la ciudad cínica: las calles de Paris presentaron dos aspectos revolucionarios muy distintos uno de otro, antes y despues del 9 Thermidor; el Paris de Saint-Just dejó el sitio al Paris de Tallien; inmediatamente despues de lo sublime apareció lo ridículo. Semejantes accesos de locura se ven alguna vez; uno de ellos se presentó ochenta años antes. Salimos de Luis XIV como salimos de Robespierre, con necesidad de poder respirar, y de aquí nació la Regencia, que abre el siglo, y el Directorio, que lo cierra; dos saturnales despues de dos terrorismos. La Francia se emancipa y sale del claustro puritano, como del claustro monárquico, con el júbilo de una nacion que se escapa del encierro.

Despues del 9 Thermidor Paris quedó alegre, extraviado de alegría. Al frenesí de morir sucedió el frenesí de vivir, que eclipsó toda grandeza. Hubo entonces un Trimalcion que se llamó Grimod de la Reyniere y se publicó también el *Almanaque de los glotonos*. Comían en los entresuelos del Palais-Royal oyendo orquestas de mujeres que tocaban el tambor y la trompeta; el bastonero con su violín reinaba en todas partes; se cenaba á la *oriental* en casa de Meto, entre pebeteros que despedían perfumes. El

pintor Boze peinaba á sus hijas inocentes y lindas, de diez y seis años, "como guillotinas", haciéndolas salir escotadas y con camisas rojas. A las danzas violentas que se bailaban en las iglesias arruinadas, sucedieron los bailes de Buggieri, de Lugnet, de Wenzel, de Manduit y de la Montansier; á las graves ciudadanas que hacían hilas sucedieron las sultanas, las salvajes, las ninfas; á los pies desnudos de los soldados, cubiertos de sangre, de polvo y de lodo, sucedieron los pies desnudos de las mujeres, adornadas de diamantes. La falta de probidad apareció al mismo tiempo que la falta de pudor, y hubo asentistas en las altas esferas y usureros al pormenor en las bajas. Un enjambre de rateros invadió á Paris, y todo el mundo tuvo que velar por su *luc*, esto es, por su bolsillo. Uno de los pasatiempos de entonces era ir á ver á la plaza del Palacio de Justicia á las ladronas en el banquillo, á las que era necesario atarlas las faldas. A la salida de los teatros había muchachos que ofrecían cabriolés, diciendo: "*Ciudadanos y ciudadanas, hay sitio para dos.*". Los vendedores de periódicos no pregonaban ya *El viejo Franciscano*, ni el *Amigo del Pueblo*; pregonaban *La carta de Polichinela* y *La petición de los galopines*. El marqués de Sade presidía la sesión de las Picas en la plaza de Vendome. La reacción era jovial y feroz; los *dragones de la libertad del 92* renacían con el título de los *Caballeros del puñal*. Surgió en los teatrillos el tipo de Jocrisse; salieron á luz las "maravillosas", y después de éstas las "inconcebibles"; se retrocedió, en fin, desde Mirabeau hasta Bobeche. De este modo Paris vá y viene, siendo el enorme péndulo de la civilización, que toca ya en un polo ya en el otro, vá desde las Termópilas hasta Gomorra. Después del 93 la revolución atravesó un eclipse singular; el siglo pareció que se olvidaba de concluir lo que había comenzado; se interpuso una orgía, que ocupó el primer término é hizo retroceder al segundo la espantosa apocalipsis; cubrió con un velo la visión desmesurada, y después de espantarse lanzó una carcajada. La parodia hizo desaparecer á la tragedia, y una humareda de Carnaval en el fondo del horizonte borró vagamente á Medusa.

Pero en los días de esta historia, en el Noventa y tres, las calles de Paris presentaban aun el aspecto gracioso y feroz del principio de la revolución, Tenían sus oradores, como Varlet, que se

paseaba en su barraca con ruedas, encima de la que echaba discursos á los transeúntes; tenían héroes, uno de los que se llamaba "el capitán de los garrotes herrados"; tenían sus favoritos, como Guffroy, autor del folleto titulado *Rongiff*. Algunas de estas popularidades eran corruptoras, otras eran benéficas; entre otras fué honrada y fatal la de Cimourdain.

II.

Cimourdain.

Cimourdain era una conciencia pura, pero sombría, que tendía á lo absoluto. Había sido clérigo. El hombre puede tener, como el cielo, negra serenidad, y basta cualquier cosa para producir en él la noche; en calidad de clérigo había producido la noche en el espíritu de Cimourdain. Lo que hace nacer en nosotros la noche puede también dejarnos brillar estrellas. Cimourdain estaba lleno de virtudes y de verdades, pero que brillaban en las tinieblas.

Corta es de referir su historia. Había sido cura párroco de una aldea y preceptor de una gran casa; después adquirió una pequeña herencia y se proclamó libre.

Sobre todo era terco; se servía de la meditación como podría servirse de unas tenazas; no se creía con derecho á abandonar una idea hasta no haber llegado á sus últimas consecuencias; pensaba con encarnizamiento; sabía todas las lenguas de Europa y algunas más de otros países; estudiaba sin cesar, lo cual le ayudaba á soportar la castidad, pero no hay nada tan peligroso como ir contra la corriente de la naturaleza.

Por orgullo, por casualidad ó por altivez de espíritu había observado sus votos clericales, pero no pudo conservar la creencia. La ciencia demolió su fé y el dogma se desvaneció en él. Entonces, al examinarse, se encontró como mutilado, y no pudiendo desprenderse de su carácter sacerdotal, trabajó para rehacerse como hombre, pero de un modo austero; como le privaban de tener familia, adoptó á la patria; como le prohibieron tener esposa, se casó con la humanidad; esta plenitud enorme es un vacío en el fondo.

Sus padres, que eran aldeanos, le destinaron á la Iglesia para hacerle salir del pueblo; pero él volvió á entrar en sus filas, y entró apasionadamente. Le

inspiraban los miserables temible ternura. De sacerdote se convirtió en filósofo y de filósofo en ateo. Viviendo aun Luis XV, ya Cimourdain se consideraba vagamente republicano. ¿De qué república? Acaso de la república de Platon ó acaso de la de Dracon.

Estando privado de amar, se dedicó á odiar, y odiaba la mentira, la monarquía, la teocracia, su traje clerical; detestaba lo presente y llamaba á grandes gritos lo porvenir, que lo presentía y lo entreveía de antemano, adivinándole espantoso y magnífico; comprendía la necesidad de un vengador que fuese al mismo tiempo libertador, para que resolviese el problema de la miseria humana, y adoraba de lejos la catástrofe.

La catástrofe llegó en 1789 y le encontró preparado. Cimourdain se lanzó, pues, en medio de aquella vasta revolución humana con lógica, esto es, inexorablemente, tratándose de un espíritu de su temple. La lógica no se enternece. Vivió la vida de los grandes años revolucionarios y experimentó el estremecimiento que produjeron todas sus sacudidas; en 1783 la caída de la Bastilla, el fin del suplicio de los pueblos, en 1790 el 4 de Agosto, el fin del feudalismo; en 1791 Varennes, el fin de la monarquía; en 1792 el advenimiento de la República. Vió levantarse la revolución y no era hombre para temer á aquel gigante; al contrario, tuvo la creencia de que ésta lo vivificaba todo, y aunque casi ya era viejo, creyó en ella. De año en año contempló desarrollarse y crecer los acontecimientos y se engrandeció como ellos. Temió al principio que la revolución abortase y la seguía paso á paso; como estaban de parte de ella la razón y el derecho, la exigía también el triunfo, y á medida que se presentaba más espantosa, él se sentía más tranquilo. Quería que aquella Minerva coronada con las estrellas del porvenir fuese también Palas, y tuviese por escudo la máscara rodeada de serpientes. Quería que sus ojos divinos pudiesen en caso necesario lanzar á los demonios resplandor infernal y devolverles terror por terror. Pensando así llegó al Noventa y tres.

El año 1793 significa la guerra de Europa contra Francia y la guerra de Francia contra Paris. ¿Y qué es la revolución? Es la victoria de Francia contra Europa y de Paris contra Francia; de aquí provino la inmensidad del minuto espantoso que se llamó el No-

venta y tres, minuto mayor que todo el tiempo del siglo.

El trágico ataque de la Europa contra Francia y de Francia contra Paris, produjo un drama que participó de la elevación de la epopeya. Noventa y tres es un año intenso; la tempestad ruga en él con toda su cólera y con toda su grandeza. Cimourdain se encontraba en él en su elemento; aquella atmósfera tempestuosa y espléndida convenía á su constitución intelectual y moral. Tenía, como el águila de los mares, calma profunda en lo interior y afición al peligro en lo exterior. Ciertas naturalezas aladas, feroces y tranquilas, están organizadas para los grandes vientos; existen almas tempestuosas.

Sentía, sin embargo: en parte reservaba compasión solo por los miserables, y se sacrificaba ante esa clase de sufrimiento que causa horror. Nada en estos casos le repugnaba, esta era su única bondad; era asquerosa y divinamente caritativo. Buscaba las úlceras para besarlas. Las buenas acciones repugnantes son las más difíciles de practicar, y él las prefería. En una ocasión un enfermo iba á morir en el Hospital ahogado por un tumor en la garganta, por un abceso fétido, horrible, contagioso tal vez, que era preciso vaciar inmediatamente. Cimourdain, que estaba presente, aplicó la boca al tumor, lo chupó, escupiendo á medida que la boca se llenaba; vació el abceso y salvó al hombre. Como todavía en aquella época vestía el traje clerical, le dijo uno de los asistentes:—"Si hiciérais esta operación al rey, pronto os nombraría obispo.—Al rey no le haría yo esa operación", respondió Cimourdain. Este hecho y esta respuesta le popularizaron en los barrios bajos de Paris.

Observando esta conducta se hacia dueño de los que sufren, lloran y amenazan. En la época de la indignación pública contra los monopolizadores, en cólera tan fecunda en yerros, Cimourdain, pronunciando muy pocas palabras, impidió el saqueo de un buque cargado de jabón, que estaba en el puerto de San Nicolás, y disipó los grupos furiosos que detenían los carruajes en la barrera de Saint-Lazare.

Cimourdain, dos días después del 2 de Agosto, arrastró al pueblo á derribar las estatuas de los reyes, que al caer mataron á varios. En la plaza de Vendome una mujer llamada Regina Violet, fué aplastada por Luis XV, que al cuello de

dicha estatua ató una cuerda, de la que tiraba. Cien años estuvo en pié la estatua de Luis XV; se erigió en 1692 y la derribaron en 1792. En la plaza de la Concordia, Guinquerlot, que llamó "canallas," á los demolidores, fué muerto á golpes sobre el pedestal de Luis XV, cuya estatua destrozaron, acuñando monedas de su material. Solo escapó del destrozo el brazo derecho, que tenia extendido en actitud de emperador romano; á instancias de Cimourdain regaló el pueblo aquel brazo á Latude, á quien una comision se lo entregó, por haber permanecido encerrado dicho Latude en la Bastilla durante treinta y siete años. ¡Quién le hubiera dicho á Latude, cuando con la argolla al cuello y la cadena á la cintura se pudria vivo en el fondo de la prision por orden del rey, cuya estatua dominaba á Paris, que la cárcel caeria, que la estatua caeria tambien, que él saldria del sepulcro, que sepultarian á la monarquía, y que él, preso, habia de ser el dueño de aquella mano de metal que firmó la orden de su prision, y que de aquel rey de fango no quedaria más que un brazo de bronce!...

Cimourdain era de los hombres que oyen en su interior una voz y la escuchan; esos hombres, que parecen distraídos, son, por el contrario, observadores. Cimourdain sabia mucho é ignoraba mucho. Sabia lo que se relaciona con la ciencia, pero ignoraba lo que se relaciona con la vida; de esto provenia su rigidez. Llevaba los ojos vendados como la Themis de Homero. Poseia la certidumbre ciega de la flecha que no vé más que el blanco y vá recta á él, y en la revolucion nada es tan terrible como la línea recta. Cimourdain caminaba en esta línea; creía que en los génesis sociales el punto extremo es el terreno sólido, y este es el error propio de las inteligencias que reemplazan la razon por la lógica. El rebasaba la Convencion, iba más allá que el Municipio, iba hasta el Obispado.

La reunion llamada Obispado, porque celebraba sus sesiones en una sala del antiguo palacio episcopal, era una complicacion de hombres más que reunion. Asistian á ella, como al Municipio, espectadores silenciosos y significativos, que llevaban, como dice Garat, "tantas pistolas como bolsillos." El Obispado lo constituia una confusion extraña de gentes cosmopolitas y parisienses, cosas ambas que no se excluyen, porque Paris es el sitio en que late el corazon de

los pueblos. Allí se veia la gran incandescencia plebeya. En comparacion del Obispado, la Convencion era fria y el Municipio tibio. El Obispado era una de esas formaciones revolucionarias, semejantes á las formaciones volcánicas; contenia de todo: ignorancia, brutalidad, probidad, heroismo, cólera y policia. Brunswick tenia allí sus agentes. Habia allí hombres dignos de Esparta y hombres dignos del presidio. La mayoría eran furiosos y honrados. La Gironda, por boca de Isnard, presidente momentáneo de la Convencion, dijo una frase monstruosa:—"Cuidado, parisienses. No quedará de vuestra ciudad piedra sobre piedra, y las generaciones futuras buscarán un dia el sitio en que estuvo Paris." Esta frase creó la reunion del Obispado, porque muchos hombres, y hombres de todas las naciones, sintieron la necesidad de estrecharse alrededor de Paris, y Cimourdain se habia agregado á este grupo.

Este grupo constituia una asociacion de reaccion contra los reaccionarios, nacido de la necesidad pública de violencia, que es la faz temible y misteriosa de las revoluciones. Fuerte el Obispado, adquirió influencia inmediatamente, y en las conmociones de Paris, el Municipio disparaba el cañon y el Obispado tocaba á rebato.

Cimourdain creia con ingenuidad implacable que todo es equitativo cuando se pone al servicio de la verdad, circunstancia que le hacia á propósito para dominar á los partidos extremos. Los pillos le creian honrado y estaban satisfechos de él. Los crímenes se ven lisongeados cuando los preside una virtud; esto les incomoda, pero les halaga. Respetaban á Cimourdain muchos de sus adeptos: Palloy, el arquitecto que explotó la demolicion de la Bastilla, vendiendo en su provecho la piedra de aquella fortaleza, y que encargado de pintarrapear el calabozo de Luis XVI, por exceso de celo cubrió las paredes de barras, de cadenas y de argollas; Gouchon, el orador sospechoso del arrabal de San Antonio; Fournier, el americano que el 17 de Julio disparó contra Lafayette un pistoletazo, que, segun decian, pagó el mismo Lafayette; Henriot, que salia del Hospital de Bicetre y que habia sido lacayo, titiritero, ladron y espía antes de ser general y de apuntar los cañones contra la Convencion; la Beynie, antiguo vicario general de Chartres, que cambió el brevulario por el Padre Duchesne, y al mismo

tiempo la mayoría del Obispado, compuesta especialmente de hombres violentos, pero honrados, tenian completa fé en Cimourdain y le seguian.

Cimourdain tenia por ayudante edecan, ó como quiera llamársele, ó otro clérigo republicano llamado Danjon, que agradaba al pueblo por su alta estatura y que le bautizó con el mote del abate *Seis-Piés*. Cimourdain pudiera arrastrar adonde quisiera al intrépido jefe conocido por *el General la Pica* y al atrevido Truchon, alias el Gran Nicolás, que quiso salvar á madame de Lamballe dándole el brazo y haciéndola atravesar por entre los cadáveres; tentativa que hubiera tenido buen éxito á no intervenir la burla feroz del barbero Charlot.

El municipio vigilaba á la Convencion y el Obispado vigilaba al Municipio. Cimourdain, hombre recto, á quien la intriga repugnaba, habia roto más de un hilo misterioso en las manos de Pache, á quien Beurnonville llamaba "el hombre negro." Cimourdain en el Obispado estaba á la altura de todos; le consultaban Dobsent y Momoro. Hablaba en español con Guzman, en italiano con Pio, en inglés con Arthur, en flamenco con Pereyxa, en alemán con el austriaco Proly, bastardo de un príncipe; creaba la inteligencia entre esos hombres discordantes; de aquí nació la situacion oscura, pero sólida, que se creó. Hébert le temia.

Cimourdain gozaba en esa época y entre los grupos trágicos el poder que tienen los hombres inexorables; era impecable y se creia infalible. Nadie le vió llorar. Era una virtud inaccesible y glacial. Era el terrible hombre justo.

No hay término medio para un clérigo en la revolucion. Un clérigo no podia lanzarse á aquella prodigiosa aventura más que por motivos muy altos ó muy bajos; era preciso que fuese infame ó sublime. Cimourdain era sublime, pero en el aislamiento, en lo escarpado, en la soledad inhospitalaria, digámoslo así, sublime en una situacion rodeada de precipicios. Las altas montañas tienen esta virginidad siniestra.

Su aspecto era el del hombre ordinario; vestia como todos y su apariencia era de pobre. Siendo jóven se tonsuró, siendo viejo quedó calvo; los escasos cabellos que le restaban eran grises. En su frente espaciosa podia el observador comprender su gran inteligencia. Su modo de hablar era brusco, apasionado

y solemne; su voz breve, su acento perentorio: su boca era triste y amarga, su vista clara y profunda, y el conjunto del rostro estaba dotado de cierto aire de indignacion.

Tal era Cimourdain. Nadie sabe su nombre hoy. En la historia aparecen á veces, como éste, terribles desconocidos.

III.

Un talon no mojado en la Estigia.

El hombre era un hombre completo? El servidor del genero humano era capaz de sentir afecciones? ¿No era su móvil demasiado absorbente para que dejase latir el corazon? ¿El inmenso abrazo que daba á todos podia reservarlo para alguno? Cimourdain era capaz de amar? Digámoslo de una vez: sí.

Siendo jóven y preceptor de una casa de nobleza casi régia, tuvo un discípulo, hijo del heredero de la casa, y amó á este discípulo. ¡Amar á un niño es tan fácil!... Se le perdona hasta el ser señor, príncipe y rey. La inocencia de la edad hace olvidar los crímenes de la raza; la debilidad del sér hace olvidar la exageracion de la categoría; es tan pequeño que se le perdona el que sea grande; el esclavo le perdona que sea señor, el viejo negro idolatra al niño blanco. Cimourdain se apasionó de su discípulo. La infancia tiene de inefable que se pueden agotar en ella todos los amores. Todo lo que en Cimourdain podia amar se habia abatido, digámoslo así sobre aquel niño; aquel sér tierno é inocente era una presa para su corazon, condenado á la soledad. Le queria con todas las ternuras juntas; como padre, como hermano, como amigo, como creador. Era su hijo, no el hijo de su carne, sino el de su espíritu. No era su padre, no era obra suya, pero era su preceptor, y bajo este punto de vista era su obra maestra. Del señorito hizo un hombre, ¿y quién sabe si un grande hombre, sin necesidad del permiso de la familia para crear una inteligencia, una voluntad y una rectitud de alma? Habia comunicado al jóven vizconde, su discípulo, todo el progreso que él sentia, inoculándole en las venas su conviccion, su conciencia y su ideal; en su cerebro de aristócrata habia vertido el alma del pueblo.

El espíritu mama, la inteligencia es el pecho de una nodriza, y hay analogía entre la nodriza que dá su leche y el